

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



2.ª Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 24 de Abril de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Calle de La Farmacia, número 13,
cuarto principal.

Núm. 14.

ESPAÑA Y SUS DOMINIOS DE ULTRAMAR.

Los intereses, la honra y la grandeza de España, fueron en todos tiempos el objetivo de nuestros grandes políticos, cuando la casualidad ó el acierto del monarca en algunos de los últimos reinados, los colocara en el poder.

Si cuando España era sólo guerrera, lo que buscaba era la supremacía política en el mundo, desde que fué potencia colonial, los accidentes de su nueva manera de ser y la atracción ejercida por las maravillas que se contaban del Nuevo Mundo, determinaron un cambio en su política general; se pensó en extender el territorio de dominios lejanos que constituirían una corriente de beneficios á la metrópoli, y en civilizar esas mismas regiones que iban compensando las que perdía en Europa, lo que influía grandemente en que no decreciera la importancia de España en el mundo, sino que aumentara; el espíritu aventurero de los que antes consumían su juventud y su vida en guerras estériles como las de Flandes, Alemania é Italia, hallaba un nuevo aliciente á su fantasía con los relatos de los primeros pobladores de las Indias, y los impulsaba á hacer correr apresurados á emplear su esfuerzo, en cimentar en América nuestro poder, nuestra civilización y nuestra riqueza.

Alternativamente intervino la religión y la espada en la obra civilizadora que emprendíamos, y según las ideas corrientes de la época, España contraía un mérito aún mayor, el de destruir el paganismo en aquel inmenso continente.

Si el transcurso de tres siglos ha modificado las ideas de la sociedad europea, esto no obsta para que entonces se considerara una obra meritoria el destruir toda religión contraria á la cristiana; si eso ha dado motivo á censuras de filósofos modernos, son tales que no resisten á la crítica histórica.

Abandonamos nuestras empresas en Europa, pero al mismo tiempo creaba España afuera los mares, á su imagen y semejanza, aquel inmenso imperio colonial con que á principios de este siglo aún asombrábamos al mundo. España le daba todo lo que poseía en artes, en ciencias, en legislación, en comercio é industria, y no contenta con hacerle disfrutar todas las ventajas que aquí se disfrutaban, aún le dotaba con un Código superior á todos los de la Península, el de Indias, que encerraba los gérmenes fecundos de progreso y de caridad, que hicieron de aquellos países lo que eran al separarse de nosotros. Y si duda quedara de su cristiana y benéfica influencia, aún existe para atestiguarla, como testimonio irrecusable, la subsistencia de la raza india en los países donde predomina nuestra raza, mientras ya ha sido extinguida ó casi exterminada en la América anglo-sajona; y es que nuestra legislación la atraía con el aliciente de la asimilación en las costumbres y en los derechos, mientras los pobladores ingleses y luego la gran democracia yankee, la excluían y la rechazaban inexorablemente.

¿Qué eran entonces y qué son hoy esos países que nos pertenecieron? A un progreso tranquilo, civilizador y seguro, que daba por frutos el bienestar general y la paz de las familias, ha sucedido esa serie de guerras crónicas, que consumiendo sus fuerzas vivas, les ha hecho perder á muchos de ellos la prosperidad que les dejamos, constituyéndolos en tributarios ó juguete de potencias extranjeras. Pero si su importancia como naciones, desde que son independientes, han sido casi nula, no por eso han dejado de conservar, á pesar suyo, lo que estaba en la índole de nuestra raza: nuestro idioma, nuestra religión, nuestros hábitos, nuestro carácter y hasta nuestros mismos Códigos, que tan buenos eran y tanto se adaptaban á su manera de ser social, que no se han atrevido á repudiarlos, no hallando nada mejor con que sustituirlos.

Y como si esto no bastara, para que las analogías fueran más extraordinarias, han conservado el rasgo que nos es más característico y tradicional: el sentimiento de la independencia nacional llevado hasta la fiereza: Méjico contra

los yankees y los franceses, Nicaragua contra los filibusteros de Walker, Paraguay contra los brasileños, y últimamente las protestas constantes de toda la América española contra la tendencia *expansiva y absorbente* de los Estados-Unidos, corroboran en alto grado que ni la más pobre y débil de esas repúblicas transige en este punto. Ya en nuestro número del 17 de marzo nos ocupamos de este asunto, y hoy tenemos que traerlo á colación, porque es preciso que consideremos á España, no sólo bajo el punto de vista de su interés colonial, sino de sus intereses en el mundo, y de la importancia que aún puede adquirir en él, si sacando partido de su privilegiada situación geográfica, se inaugura una política grande, fuerte y verdaderamente nacional.

Más de una vez lo hemos dicho: España debe conservar á toda costa sus valiosas provincias ultramarinas, no tan sólo porque forman parte integrante de su nacionalidad; no tan sólo por el deber de conservar la existencia de aquella parte de nuestra familia que en ellas reside; no tan sólo para continuar la gran obra civilizadora que inició y ha venido desempeñando por siglos y siglos, sino porque la Providencia le ha reservado, si mantiene nuestra nacionalidad en aquellos países, un destino muy alto y muy noble, recuperando su importancia comercial en el mundo, y el prestigio de su antiguo nombre, merced á las ventajosas condiciones que le ofrecen esas provincias para la defensa de sus intereses mercantiles, abriendo nuevos mercados á los productos de nuestra industria y de nuestra agricultura: el de constituirse, si no en árbitra, al menos en el de protectora de las tierras que civilizó, sirviéndoles de escudo contra el egoísmo de grandes potencias extranjeras.

Y creemos tanto más oportuno ocuparnos hoy de este asunto, cuanto que en estos momentos se obstinan aún ciertos periódicos en proponerle á España una humillación por la que no ha querido pasar ni la humildísima república de Nicaragua; y cuando la actitud de todas esas repúblicas ante la idea de ser absorbidas por los Estados-Unidos es tan elocuente, y cuando en nuestras provincias de Ultramar está la clave y la base para que España recupere su antiguo poderío, no podemos menos de considerar como una burla ó una aberración, que se nos venga un día y otro diciéndonos que nuestra honra y nuestro interés están en vender la Isla de Cuba.

Si fuimos tanto, si ocupamos una página tan gloriosa en la historia, justo es que la prensa dé pruebas de fortaleza y de patriotismo en medio de las adversidades que nos cercan, y alce su voz combatiendo la flaqueza de muchos, y designando los medios y el camino que pueden conducirnos á reconquistar nuestra antigua importancia política. Los pueblos y los gobiernos que tienen elementos sobrados para salir del estado de decadencia en que errores desgraciados los sumieron, no son dignos de sí mismos si no lo intentan, sobreponiéndose á pequeñas miserias de partido.

España ha perdido todo el continente americano; pero por la vasta extensión del territorio que aún posee en Europa y en el resto del mundo, no sólo es la segunda potencia colonial, sino que reúne todas las condiciones indispensables para ser una de las grandes potencias de Europa. ¿Qué le ha faltado para llegar á serlo, y sacar el inmenso partido que le brindaba la situación privilegiada de sus posesiones? Un Gobierno estable y fuerte en el interior, y haber imitado á los ingleses y holandeses en la parte comercial y económica de su legislación colonial.

España, que geográficamente ocupa el extremo occidental de Europa, bañada por los dos mares más frecuentados por el comercio de todas las naciones, es además dueña de la entrada del Mediterráneo, y tiene, como dos baluartes avanzados, las Baleares y las Canarias: las primeras son la envidia y la codicia de todas las potencias marítimas; y las segundas, flanqueando el imperio marroquí, sirven de tránsito obligado á toda la navegación entre Europa y la América del Sur y la costa occidental de África. Si las Baleares son una posición admirable para la defensa de

nuestro litoral, también impiden que otra potencia se enseñoree del Mediterráneo, como sucedería si estuvieran en otras manos que las nuestras: en cambio, las Canarias, como punto de escala para nuestros buques, y punto de aprovisionamiento y depósito para el comercio y navegación de otras naciones marítimas, pueden darnos bien administradas, y por tener puertos de abrigo y de seguridad en todas las circunstancias, pingües productos en lo venidero.

Si de la proximidad de nuestras costas nos alejamos algo, hallaremos nuestras islas del Golfo de Guinea, que están llamadas á ser por su situación excepcional el depósito general de los productos de Europa y de África, y la plaza comercial donde se verifique el cambio y las transacciones sobre los mismos, pues ninguna de las factorías de las costas, ni las ciudades que los ingleses han fundado han podido prosperar, por no estar en puntos equidistantes de centros productores y consumidores; bien administradas esas pequeñas islas, aplicados á ellas los reglamentos que han hecho de Hong-Kong y Singapur y Ceilan lo que hoy son, podemos esperar que con el tiempo sean no sólo fuente de riqueza para nuestro Tesoro, sino punto de atracción y consumo para nuestros productos y nuestra navegación, y lo que quizás nos enriquecería más, un medio para que nuestra influencia y nuestras ideas contribuyan á civilizar el Golfo de Guinea y aquellos desgraciados pueblos salvajes en los que no piensan las naciones comerciales más que para explotarlos.

Si de ahí pasamos á Filipinas, nos encontramos con aquel admirable Archipiélago donde España tiene cuatro millones de súbditos y terrenos de una fertilidad asombrosa, pero cuya principal ventaja no está sólo en ello y en su multitud de puertos abrigados, sino en su situación geográfica; pues colocándolas entre la Australia, la China, las posesiones holandesas y el resto de la Oceanía, constituyen un punto de escala obligado el día que los ingleses quieran cambiar los productos de la Australia con los de la China y el Japon, ó el día que rebajando nuestras tarifas aduaneras, convirtamos el puerto de Manila en depósito general de todo el comercio de Asia con Europa, el cual será preferido por la navegación general como más ventajoso que los de Saigon, Hong-Kong ó Sanghay.

Como si lo expuesto no fuera bastante para constituir en el presente y porvenir á una nación orgullosa de lo que posee, todavía le quedan á España las islas de Cuba y Puerto-Rico, que podrían desempeñar, respecto á toda la América, no ya el papel importante que Filipinas en los mares de Asia, sino otro mil veces superior bajo el punto de vista político, social, mercantil, diplomático y militar. —Las dos Antillas, volvemos á repetirlo, no son sólo un emporio de riqueza propia, sino algo más que puede enaltecernos.

Dominando la boca del Golfo mejicano podemos imponer cuando nos convenga, ó ser solicitada con empeño nuestra alianza ó nuestra intervención, cuando los conflictos de otras potencias hagan imprescindible esa intervención en sus asuntos.

Podemos allí servir de antemural á una ambición que se desborda, más que por la soberbia, por la fatal fuerza expansiva de su precoz engrandecimiento. —Mientras España, potencia europea y americana, que no fia su fuerza sólo á los recursos de sus Antillas, tenga elementos de resistencia (y los tendrá de sobra mientras aquí haya patriotismo y orden), los Estados-Unidos no intentarán una sola agresión contra esas provincias, pues no es lo mismo haberse las con esos desdichados gobiernos hispano-americanos, que no pueden defenderse ni de sus propios ciudadanos, que con territorios próximos, que después de poseer base propia de defensa, tienen y tendrán siempre detrás, como una poderosa reserva, los recursos y la protección de la madre patria.

Y ese mismo dique, constituido naturalmente por un derecho nuestro indisputable, aprovecha hoy á los que fueron dominios nuestros antes de su independencia, independencia garantida hoy tácita y providencialmente por la misma Metrópoli con la que fueron tan in-

gratos, por circunstancias en que si no media la voluntad, existe algo más alto que podría atraernos más tarde su reconocimiento, y ser motivo determinante de mayor grandeza para la patria.

(Se continuará.)

«EL UNIVERSAL.»

Como habíamos previsto, como era lógico que sucediera, las proposiciones de algunos periódicos que aquí se ocupan de las cuestiones ultramarinas han herido vivamente los sentimientos de nuestros hermanos, que han acudido presurosos á firmar protestas contra todo proyecto que pueda desmembrar de la nación española la más importante de las provincias que la constituyen.

Se trata de una cuestión que envuelve su futura nacionalidad, las múltiples y poderosas simpatías que despierta en todo corazón honrado el sentimiento de la patria, el prestigio de las tradiciones, y esa solidaridad de esperanzas y recuerdos que estrecha unos con otros á todos los individuos de un mismo estado, y era natural que se excitaran los ánimos, que las pasiones adquirieran predominio y que dominara más la violencia que produce la ofensa que la reflexión que considera su pequeñez y la estima en lo que se merece: se reunían á más los azares de la lucha, la agitación que ocasionan los sucesos próximos, la presencia de los sacrificios hechos en defensa de la integridad nacional, y hubiera sido imposible que no influyeran estas diversas impresiones sobre la opinión pública en las Antillas, al examinar una proposición que pretende destruir por completo lo que se ha sabido mantener con tanta perseverancia.

De aquí que fueran enérgicas las protestas que contra toda idea de cesión han enviado los cubanos, y que participaran bastante del sentimiento de indignación con que se ha recibido en toda la isla el proyecto iniciado por *La Discusión*, y secundado con un celo digno de mejor causa por nuestro colega *El Universal*.

Pueblos que luchan ardentemente por conservarse unidos á la madre patria, y que prodigan su sangre y su riqueza por afianzar su poderío, ¿podían ver con indiferencia que mientras ellos cooperan activamente á la obra de la paz, habían de existir unos cuantos que contribuyeran desde la Península á acrecentar las fuerzas de la insurrección? Cuando con un valor desconocido por lo común en las luchas civiles se triunfa constantemente de los enemigos de España, y se hace gala de un patriotismo que no se dobla á las amenazas ni se quebranta por los halagos, ¿debía esperarse que acá entre nosotros se prescindiera de consideraciones tan dignas de respeto, para proponer el abandono de los leales y sancionar las aspiraciones de los que combaten nuestra bandera?

Pues si por desgracia ha sucedido así, si contrariando las tendencias generales del país, y el voto unánime de los periódicos españoles, se ha propuesto por *El Universal* la cesión de la isla de Cuba á los Estados-Unidos, mediante ciertas recompensas y beneficios, ¿por qué se sorprende hoy que vé en las protestas de aquellos habitantes el síntoma más característico de las impresiones que les ha causado? Si recibió en la Península un testimonio general de *disgusto*, ¿por qué extraña que se cambie este en *desconfianza* al llegar allí donde las diferencias se agrandan, los odios se exageran y el patriotismo se hace más suspicaz y receloso? ¿Olvida *El Universal* que cuando las rebeliones alteran el sosiego y las traiciones germinan por doquiera, es imposible acoger con confianza esas ofertas en que á pretexto de ciertas conveniencias, se contrarian de un modo manifiesto los sentimientos de la lealtad de otros?

No está en nuestros propósitos discutir las intenciones de nuestro colega; con esmero procuramos evitar cuanto pueda llevarnos á cuestiones personales, ajenas siempre de la actitud de nuestra publicación; esquiváramos por lo tanto ocuparnos de las palabras con que rechazó algunas frases de la protesta de los Voluntarios si no halláramos en ellas un olvido tan lastimoso de todas las conveniencias,

y una destemplanza tan exagerada, que sería preciso que prescindieramos de nuestras convicciones y de los deberes que nos impone el patriotismo, para dejar sin enmienda esos injustos dictámenes contra los que nunca han dado motivo que los autorice.

Y no es que creamos que las ofensas de *El Universal* vayan á mermar en lo más mínimo el prestigio á que se han hecho acreedores los Voluntarios cubanos; más alto que esas injurias han hablado ya para todos los buenos españoles los servicios que han prestado en defensa de la madre patria: por ella han luchado contra los enemigos, por ella han trocado los pacíficos hábitos de su vida por los azares de la del soldado; por ella han entregado, en fin, el fruto de sus trabajos y el patrimonio de sus hijos. Obstáculos, privaciones y conflictos, han parecido escasos si se trataba de lograr la victoria de su causa, y cuando llegaron esos momentos supremos en la vida de los pueblos, cuando los enemigos creyeron enseñorearse de la capital á la sombra de la débil resistencia que se les ofrecía, cuando más tarde fué necesaria su asistencia para sostener el orden, ellos y no otros fueron el apoyo principal de la autoridad y la garantía más segura de los intereses españoles.

Agítese por consiguiente *El Universal*, inculpe á su antojo á los que representan hoy el sentimiento leal de la isla de Cuba; pero créanos nuestro colega, no les exija testimonios que justifiquen las inculpaciones que le dirigen, no les pida cuenta de la indignación que les ha impulsado, porque el exámen de las doctrinas que viene defendiendo y la forma en que lo ejecuta, darian, no *pruebas* de culpabilidad, pero sí suficientes razones de desconfianza para el ardiente patriotismo de nuestros hermanos.

Defensor de la cesion á los Estados-Unidos, no ha perdonado medio de combatir á los españoles que luchaban uno y otro día por la integridad nacional, de rebajar ó de poner en duda las ventajas obtenidas por nuestros soldados, y de presentar prósperos á los partidarios de la insurrección; todo, por supuesto, con el patriótico fin de apoyar más y más sus proyectos, que realizaban á su juicio la *única solución posible*, y ventajosa dadas las condiciones especiales de esos pícaros *negreros*, que, como dice, sólo por cariño á sus monopolios sostenían con tanto ahínco la causa de los leales.

No ha existido, pues, para nuestro colega, en todos los españoles de las Antillas, más que el deseo de lucro personal, la esperanza de nuevas especulaciones; nunca la adhesión sincera á la nacionalidad y á la bandera que la representa. Los insurrectos, por el contrario, son casi modelos de abnegación; víctimas del despotismo, han apelado á las armas como á un recurso *necesario*, y merecen, por lo tanto, que se realicen sus *legítimas* aspiraciones, anexionándolos para siempre á la República americana.

Este es, desgraciadamente, el criterio que ha manifestado *El Universal*; esta es la tarea que ha emprendido desde que comenzó la insurrección: y no es que aseguremos nosotros que obedece á tales ó á tales inspiraciones; sino que al buscar las causas que han motivado esas censuras, y al ver que responden estas á los sentimientos unánimes del país, no podemos menos de atribuirles á esa actitud que ha cho-cado tanto, hasta en la Península, donde el ejercicio de la libertad de imprenta ha mitigado mucho la estrañeza que producía en otros tiempos la extravagancia de ciertas ideas.

Disgústese, por lo tanto, *El Universal* con los que lo han arrastrado á seguir esa conducta; califique duramente á los que, olvidando consideraciones respetables y deberes de patriotismo, le llevaron á chocar frecuentemente con cuanto existe en la Antillas verdaderamente español y leal; pero no conteste con injurias á los que han sabido advertirle los errores de unas tendencias tan equivocadas. Alucinado, sin embargo, por sus ideas de cesion, entusiasta ardiente de un proyecto que estima el más acertado y patriótico de cuantos pueden imaginarse, prescinde de las circunstancias que lo estorban, ve sólo enemigos en los que lo contrarían, sin considerar siquiera que los plácemes de los rebeldes, y la popularidad que disfrutaban entre ellos las doctrinas que defiende, debían anunciarle mejor que todo su inconveniencia y anti-españolismo.

Por eso exagera sus ofensas y quiere cubrir con sus alharacas contra los *negreros*, el grito con que le ha condenado la opinión pública de las Antillas. Afortunadamente esos medios son harto conocidos ya de cuantos se ocupan de lo que ocurre en aquellos países, y no obtienen otra cosa que la consideración de los ilusos.

¿Pues qué, no saben todos los que conocen algo la isla de Cuba, que no existe entre los Voluntarios ningún interés que se relacione con la esclavitud? Significa algo entre las gentes serias, apelar á ese sentimentalismo, ya gastado por la profusión con que se emplea, cuando se trata de cuestiones que no se rozan directa ni indirectamente con esa inmensa desventura á que se alude sin cesar? ¿Por ventura en un país donde la riqueza tiene caracteres tan diversos y manifestaciones tan heterogéneas, puede

asegurarse formalmente que las gentes que se agrupan para defender los intereses que la patria representa, lo hacen sólo por conservar lo que se ansía allí ver abolido de los hábitos y de las instituciones?

No, esas declamaciones continuas contra la esclavitud, esas protestas de *que antes serian traidores laborantes que negreros*, esa gritería, en fin, con que se quiere confundir la discusión soscada de las cuestiones políticas de las Antillas, y el exámen minucioso de la lealtad de todas las opiniones, significa por desgracia que nuestras predicciones se han cumplido, que nuestra misión ha sido necesaria, y que es preciso que luchemos sin descanso contra todos los que decantando amor á la libertad y al progreso, han venido á extraviar las aspiraciones generosas de los que defienden las soluciones que se inspiran en el criterio más radical. Dirijámonos, por consiguiente, á nuestros compañeros de la prensa, á esos que seguramente sienten tan viva como nosotros la lealtad de los sentimientos españoles, y advirtámosles el peligro en que se hallan si unen los esfuerzos que hacen diariamente por la prosperidad de la patria, á los de esos que encubriendo sus intentos y aparentando liberalismo, intentan sólo desgarrar la nación que les dá abrigo y les protege con sus instituciones.

Si rechazan con cuidado las asechanzas con que intentan arrastrarlos á una política peligrosa, si se oponen á cuanto pueda suscitar mercedas desconfianzas en el partido español, la causa de Cuba está salvada, y la integridad de España no sufrirá menoscabo; pero si alucinados por sugestiones malvadas ceden al impulso de pasiones mezquinas, y posponen á determinado régimen nuestra soberanía en las Antillas, disminuirá en mucho el esfuerzo de nuestros hermanos, crecerán las esperanzas de los insurrectos, y caerá la responsabilidad de los sucesos que se originen y de las pérdidas que experimentemos, sobre los que han sido instrumentos inocentes de los agentes de la insurrección cubana.

LAS OPINIONES

DEL ACTUAL MINISTRO DE ULTRAMAR.

Aún están presentes en la memoria de todos, la manera anómala con que fué desechado en las Cortes el voto particular del Sr. Romero y Robledo sobre la Constitución de Puerto-Rico, y el discurso pronunciado por el Sr. Moret momentos antes de la votación. Si para muchos fué motivo de grande alarma la esencia de las ideas en el veredicto, para otros hubo fundadas esperanzas de que el ceder á exigencias imperiosas del momento, aseguraba para más adelante el triunfo de una política conservadora para Ultramar.

Y esta creencia no nacía sólo de conocerse ya cuáles habían sido los móviles ó la causa eficiente de tal votación, y cuál el estado de la opinión en tal asunto; sino de esperarse que la opinión del nuevo ministro había de modificarse con los nuevos datos que prometía estudiar, y con los informes de las autoridades superiores de Ultramar. Inaugurar su entrada en el poder presenciando la decisión de una cuestión gravísima, es para todo hombre público un momento de prueba difícilísimo, sobre todo cuando se saben las transformaciones que sufren las ideas en las regiones del Gobierno, y que no es lo mismo exponerlas libremente cuando nada hay que comprometer, que cuando hay altos y sagrados intereses que respetar, y que podrían peligrar con la inflexibilidad en plantear principios que los afecten.

No es lo mismo estar en la oposición que en el Gobierno, se ha dicho muchas veces, por los ministros más radicales, al contestar á cargos terribles sobre la falta de cumplimiento de ciertas promesas. El mismo Sr. Rivero, jefe de la fracción política á que pertenece el Sr. Moret, lo ha repetido últimamente en cuestiones de orden distinto al que vamos á ocuparnos, y con sus palabras corroboraba la necesidad imperiosa que existe desde que se está en el poder, de transigir, de ceder, de no ser inflexible en la solución de ciertos asuntos, pues en ese puesto no hay que ser consecuente sólo con las ideas que se han profesado antes, sino con los deberes que imponen la razón de Estado, y los altos intereses que hay que salvar y defender. ¡Cuántas veces ciertas inconsecuencias aparentes han sido sólo grandes rasgos de patriotismo!

El vulgo no vé generalmente en los sucesos y en los actos políticos más que el lado superficial, sin calcular las luchas, los conflictos, los peligros y hasta la impopularidad que hay que arrostrar para conciliar las opiniones propias con la mejor manera de remediar las necesidades públicas.

Cuando el amor propio ó la soberbia crean antagonismos desgraciados, bien pronto viene la opinión pública con su imperioso empuje á eliminar los obstáculos que afectan al bien general, ó á imponer la enmienda á errores que

son subsanables. La pasión de partido, que suele ser ciega, está espuesta á tales accidentes, y un ejemplo podíamos hallar en lo que hemos insinuado al comienzo de este artículo: la mayoría de la Cámara, al desechar el voto del Sr. Romero Robledo, pensaba acaso menos en Puerto-Rico que en la necesidad de que no obtuviera en esa cuestión un triunfo la fracción conservadora; si la necesidad del aplazamiento estaba en el ánimo de todos, no convenía quizás á los radicales que apareciera *impuesto* por la unión liberal, pues equivaldría á haber sido derrotados por la misma fracción de que pocos días antes se habían separado.

Si el discurso del Sr. Moret respondió á esta necesidad del momento ó á ideas preconcebidas sobre política ultramarina, es cosa que han de revelarnos sus actos venideros, lo cual no obsta para que desde ahora señalemos algunos errores en sus apreciaciones generales, que pueden engendrar nuevos peligros para las Antillas, si persevera en ellas.

Si, como él mismo empezaba, «una equivocación en asuntos de Ultramar, puede ser muy poderosa para el mal»; nosotros añadiríamos que sus consecuencias funestas tendrán que ser de carácter irremediable.

Al Sr. Moret debió haberle arreado, no el asistir su primer día de mando á la solución de una cuestión que *él no había planteado*, sino el contrarrestar con su aquiescencia los votos de la inmensa mayoría de los españoles de ambas Antillas, que preveían gravísimos males en lo que su antecesor sólo veía un compromiso personal que había que cumplir.

Insistiendo en la idea de que las reformas en Puerto-Rico no prejuzgan las que se hayan de otorgar á Cuba, ha presentado razones tan débiles, que no parece sino que no ha penetrado en el fondo de esta cuestión, en que todas las razones alegadas hasta el día por nuestros adversarios han sido contraproducentes.

Sin profundizarla tampoco hoy nosotros, pues ya lo hemos hecho *in extenso* antes de ahora, sólo insistiremos en que la razón de oportunidad es la que más se ha olvidado, y que si el partido nacional en Cuba y Puerto-Rico ha hecho ruda oposición á la discusión y planteamiento *por ahora* de esas reformas, ha sido para que nuestros enemigos, al amparo de los derechos individuales, no pudieran establecer en Puerto-Rico una sucursal de la rebelión que devasta la otra Antilla. Por confesión de sus adeptos, por la intercepción de documentos, por la inundación de proclamas, por los avisos de excitación de la pequeña Antilla, puede colegirse que los trabajos preparatorios han sido vastos, y que sólo se aguardan quizás las facilidades que habría de proporcionar el sistema nuevo de gobierno, para que el estallido no se *hubiera hecho esperar*. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que los que tan interesados están en la pacificación de Cuba, temieran y trataran de evitar un estado de cosas que había de dar nuevos auxiliares á los insurrectos, mayor extensión al teatro de la guerra, y por consiguiente forzarnos á disminuir nuestras fuerzas con mayores sacrificios para el Tesoro?

Por eso la discusión inmediata de la Constitución de Puerto-Rico, no sólo creaba un precedente legislativo que podía ahora y después ser perjudicial á las verdaderas necesidades de Cuba, sino que por lo pronto agravaba la situación de nuestra causa con complicaciones nuevas. El Sr. Moret y sus amigos, que tanta parte tomaron en que se votara el estado excepcional cuando estalló la última rebelión federal el año pasado, tuvieron al hacerlo las mismas razones que hoy tienen los españoles de Cuba para pedir que no cese el régimen restrictivo de las Antillas mientras no concluya la guerra; si los derechos individuales eran entonces para el Gobierno una losa de plomo que le impedía luchar con éxito y someter á los federales en armas, y fué preciso suspenderlos, ¿qué daño no harían en Puerto-Rico, donde la rebelión que allí estallaría á su sombra, no sería de principios, sino antinacional?

El partido nacional, y los dignos diputados que han sido sus intérpretes ante las Cortes, no desean otra cosa sino que no se facilite al insurgentismo nuevos medios de agresión, y que lo que aquí se creyó tan perjudicial en circunstancias análogas, no se imponga hoy á aquellos habitantes, pues equivaldría á debilitar á los leales y fortalecer á los traidores.

El Sr. Moret se equivoca, si cree que el partido nacional rechaza en absoluto las reformas; hoy las cree peligrosas, pero cuando la pacificación vuelva la calma y el reposo á aquellos países, nadie duda que con la misma fe y entusiasmo que hoy se sacrifica en su defensa, se ocupará, cuando llegue la ocasión, en aconsejar y proponer cuanto conviene y convenga á sus necesidades y á su porvenir.

Pero en lo que hay inexactitud completa, es en atribuir la rebelión actual de Cuba á la desesperación y á la creencia de que España no había de otorgarles concesiones y reformas de ninguna especie; otro tanto decimos de la ilusión que se hace el Sr. Moret, de que de-

pondrán las armas cuando España les garantice las libertades que ansian y puedan tener patria!! ¿Quién ha intentado arrebatarnos todo lo que constituye el bienestar del hogar doméstico y del ciudadano? ¿Quién los ha privado de esa patria que hoy maldicen, odian y devastan? ¿Quién los ha llevado á esas tristes extremidades, y á convertirse en el azote del país en que nacieron? ¿Quién los ha inducido á convertir en ruinas humeantes una parte de ese país que era el más rico y feliz de la América española?

No; á ese partido insurgente, no lo exaltó la desesperación, *ni España dejaba de hacer justicia á sus individuos, ni dejaba de ampararlos con sus leyes y sus tribunales, ni les negaba las grandes ventajas que siempre ofreció á todos los ciudadanos laboriosos y honrados, ni dejó un momento de proteger sus hogares, sus familias y sus propiedades*; y á pesar de que la patria no intentó arrebatarnos nada de eso, ellos sin embargo, gritaron ¡muera España! y no sólo lo gritaron, sino que lo pusieron por obra tratando de convertir en cenizas su más opulenta provincia, lanzándose al asesinato y al exterminio de sus leales hijos. ¡Y cuándo intentaban tales horrores! Precisamente cuando España de una manera espontánea, les enviaba las promesas y las garantías de esas libertades que debían satisfacerlos; cuando para que ni dudas pudieran abrigar las planteaba el general Dulce en Cuba, invitando al mismo tiempo á sus diputados para que vinieran á sentarse en las Cortes.

Nosotros esperamos que en el vasto archivo del ministerio de Ultramar se hallarán datos abundantes que modificarán esas ideas, y probarán que la rebelión no tiene por causas las que se han expuesto ante los diputados, pues sería una de las injurias más horribles hacia aquella leal provincia, seguir sustentando que los individuos del partido insurgente eran allí tratados peor que patrias. ¿Quién no sabe las distinguidas consideraciones que sus jefes más visibles merecieron siempre de nuestras autoridades y de nuestro Gobierno?

Por honra de España, y como un acto de justicia, estamos seguros que cuando el señor Moret concluya de estudiar lo que hallará en su departamento, al hacer el *resumen* que prometió á la Cámara, presentará la antítesis de lo que dijo la primera noche que se sentó en el banco azul. Entonces dijo *que no tenía interés ninguno en hacer prevalecer ninguna opinión propia, sino la del Gobierno á que pertenece*. Apelas á su buena fe; á ese sentimiento de rectitud y de justicia que debe apoderarse del ánimo del hombre de partido, desde que llega á ser hombre de gobierno; á la patriótica abnegación del hombre público que no tiene más interés que el de su país, para que haciéndose superior á preocupaciones de escuela y á compromisos que pugnan con los verdaderos intereses de la Patria, sea su presencia en el poder una esperanza, y no una amenaza para las Antillas, como la de su antecesor.

Los destinos de Ultramar están hoy á merced de su iniciativa y de su dirección; pero en ese alto puesto existen grandes responsabilidades, y es preciso que el hombre de partido desaparezca y hasta sacrifique sus más predilectas teorías si han de poner en peligro una sola pulgada del territorio de la Nación. Lo que hoy está en cuestión no son los principios políticos, sino la marcha política que puede contribuir indirecta é inconscientemente á la desmembración de la Monarquía ó salvar á nuestros hermanos de Ultramar, que blandiendo con fiereza sus espadas en aquellas playas, nos envían en cada correo una nueva protesta de lealtad, y una amenaza de imitar á Sagunto y á Numancia si los abandonamos.

Los insurrectos se burlan, sin duda, de la buena fe y de las ilusiones del Sr. Moret, y desdeñan las libertades con que espera reconciliarlos con la madre patria: ellos quieren ser extranjeros y que los españoles desaparezcan del suelo de las Antillas. Si los que son objeto de su odio, si tantos españoles leales hacen llegar su voz hasta el Sr. Moret exponiéndole el peligro, ¿segurá éste como en su último discurso, pensando sólo en la suerte y la conversión de los extraviados? ¿ha de continuar más preocupado por la situación de éstos, que por los legítimos temores de los que allí se sacrifican por la patria?

Nosotros esperamos que se haga superior á ciertos errores, demasiado esparcidos, por los que no han tenido aquí más misión que extraviar la opinión pública, disponiéndola contra el partido nacional de Cuba. Se ha creado atmósfera y se ha apelado al engaño para interesar corazones generosos.

Los que han transigido en cuestiones de un orden superior, tales como la monarquía, la libertad de la Iglesia, el libre-cambio, las quintas y otras que casi eran un dogma; los que han abdicado ó aplazado la realización de antiguas doctrinas, sólo en interés de la concordia y del sosiego público, como sucede á algunos compañeros de Gabinete del Sr. Moret, indudablemente llevarán á su espíritu la saludable enseñanza, de que es grande, es noble y digno

de honra, aplazar *temporalmente* el triunfo de teorías predilectas, si con el han de venir desastres y días de luto para la patria, y en este caso se hallan las reformas de las Antillas.

Reproducimos la contestación que nuestro apreciable colega *La Patria* da á *El Puente de Alcolea* sobre hechos referentes á las cuestiones antillanas.

«CONTESTACION AL SUPLEMENTO DEL NUMERO 433 DE EL PUENTE DE ALCOLEA.

«El Puente de Alcolea ha publicado ayer un suplemento firmado en Puerto-Rico el 20 de Marzo último, bajo el pseudónimo de *El Colono*, dirigido á combatir el número de *La Patria* correspondiente al 11 de Febrero pasado. Como nuestros lectores comprenden, no va dirigida la impugnación á nuestro periódico, que entonces llevaba el nombre de *La Integridad*, sino al que con el título de *La Patria* se publicaba, y de cuyas suscripciones nos hicimos cargo á su muerte. No contestáramos, pues, al referido suplemento, una vez que la Dirección ó Redacción de *La Patria* de hoy, ó sea *La Integridad* de antes, nada tiene que ver con la Dirección ó Redacción de *La Patria* del 11 de Febrero, si no se faltara en ese escrito abiertamente á la verdad de los hechos, y no se injuriara y calumniara tan descaradamente como se hace á la primera autoridad de la isla de Puerto-Rico.

La primera de las calumnias que el articulista consigna, es la de suponer que esta autoridad procedió arbitrariamente, cometiendo un *atropellamiento*, llamando á su palacio y reprimiendo á siete jóvenes inocentes de Ponce.

Dejamos á un lado los adjetivos con que *El Colono* califica las palabras de nuestro colega *La Patria*. A nosotros no incumbe contestar sino las mentidas inculpaciones que hacía el Capitán general de Puerto-Rico se ha atrevido á publicar *El Puente de Alcolea*.

Podrá creer el que lea las palabras de *El Colono*, que efectivamente es cierto el suceso tal y como el colega lo cuenta. ¡Cuánta falsedad! ¡Imposible parece que se atreva nadie á desfigurar de un modo semejante la verdad de los hechos!

Vamos á referir, y cuenta que nuestras palabras no tienen contestación, porque declaramos desde ahora su completa exactitud y veracidad, lo ocurrido con los siete jóvenes de Ponce.

Llegó á oídos del general Sanz que siete jóvenes de Ponce estaban conspirando contra España. Ardientes filibusteros, estaban en combinación con las Juntas de Nueva-York, tramando un plan criminal, que el Capitán general de la Isla, en nombre de nuestra patria, estaba en el deber de destruir.

El general Sanz tenía cartas, pruebas fidedignas de sus trabajos. Sin embargo, y á pesar de que pudo prenderlos y algo más, se contentó con llamarlos á su palacio y amenazarlos con un destierro á Fernando Póo, si persistían en sus parricidas intentos contra la madre patria, despidiéndolos á continuación.

Entonces el jefe de los siete, ó por lo menos el más audaz de entre ellos, solicitó una audiencia del Capitán general, no como autoridad superior de la Isla, sino como del caballero particular D. José Laureano Sanz. El Capitán general vaciló antes de concedérsela; pero por fin se la otorgó.

El joven de Ponce entonces manifestó al señor Sanz con la mayor claridad y desenfadado, que era cierto que era filibustero, y que conspiraba y conspiraría contra España. El Sr. Sanz le respondió que, como á particular, nada le importaba que pensara como quisiera. El joven de Ponce esperaba otra respuesta menos prudente; había pretendido una audiencia del Sr. Sanz como particular, y, sin duda, quería obligarle, cansarlo su paciencia, á faltar, lleno de indignación, á su palabra. El Sr. Sanz no se alteró no obstante, respondiendo que como particular no podía contestar otra cosa. El joven de Ponce entonces, una, dos y tres veces, repitió que le contestara como Capitán general.

El caballero Sanz le hizo presente, que si lo hacía así lo sentaría; pero como el joven se obstinaba, el Capitán general y autoridad primera de la isla de Puerto-Rico entonces, sacó de un cajón y mostró al joven varias cartas, que éste seguramente ignoraba tuviese en su poder la autoridad.

Se le negó y no supo qué responder. El Capitán general, en vista de todo, le mandó prender y trasladar al Morro. Sin embargo, y como entonces el joven se pusiera á llorar, compadecido el Capitán general revocó su orden, dejándole en libertad.

El que poco antes blasonaba de filibustero, anonadado ante tanta generosidad, ante tanta grandeza de ánimo, manifestó al Sr. Sanz que creía necesario salir de la isla, porque después de esto no podía permanecer más tiempo en ella.

El Capitán general respondió, que consideraba esto lo más conveniente.

Hé aquí explicado el suceso de los siete jóvenes de Ponce, contado como lo refirió el mismo joven á que aludimos, y como corría en la capital de Puerto-Rico.

¿Podrá decirnos *El Colono* dónde está la arbitrariedad y el atropellamiento en este suceso?

¿Dónde hay aquí otra cosa que una autoridad previsora, paternal y altamente compasiva al par que debidamente enérgica?

¿Quién como el general Sanz hubiera sabido sostener el orden en Puerto-Rico, ante este suceso y otros mil que se le han presentado, fruto de la agitación que produjeron en el país los sucesos de Laredo, sin desterrar ni fusilar á nadie, ni hacer siquiera derramar una lágrima á familia ninguna? El general Sanz ha sido verdadero padre cariñoso para sus gobernados, y prescindiendo de algunos *laborantes* mal avenidos con España, todos, absolutamente todos sus gobernados le aman, le respetan y recordarán siempre su nombre con satisfacción y agradecimiento. El general Sanz ha hecho cuanto ha podido por el bien de la isla en todos sentidos, moral y materialmente, restableciendo la confianza y el crédito en el comercio de aquella isla.

Pero un Gobierno fuerte y de carácter bastante enérgico para no ser vencido, que no fusila, que no destierra, que al llegar á la Isla saluda con un indulto general á la rica Antilla, es, por lo mismo que es un Gobierno generoso y grande, un enemigo terrible.

Por eso se le calumnia, se le odia; pero téngase presente, que le calumnian solamente los mismos que odian y calumnian nuestra España.

Hace poco tiempo que insertamos en nuestras columnas una exposición que muchos españoles de Puerto-Rico han dirigido al Regente recomendándole las buenas cualidades de su dignísima primera Autoridad, y enalteciendo, como se debe, su mérito y verdaderas dotes de gobierno. Ante estas pruebas, pues, son bastante despreciables calumnias de este género.

El articulista de *El Puente de Alcolea*, no obstante, llama *agente á la razón, á la justicia y á la legalidad* el poder del general Sanz; esto prescindiendo de otros epítetos como el de *sátrapa, rapante fiera*, etc., etc., con que le regala personalmente.

Hace perfectamente, pues, *El Colono* de Puerto-Rico, en permanecer desconocido ó anónimo, porque ni aquí ni allí, ni en ninguna parte del mundo, autoriza la ley injurias y calumnias semejantes.

Otro de los cargos que al general Sanz hace *El Colono* del Puente de Alcolea es que ha impedido que el señor Marin, maestro de niños de Yabucoa, ejerza su profesión en aquella escuela, hecho del que deduce el articulista que en Puerto Rico viven en la mismísima Polonia, regidos por el mismísimo Gobierno autocrático de Rusia: Son palabras textuales.

¿Ignora por ventura *El Colono*, que ha habido en Puerto-Rico, maestros que no enseñaban la geografía de nuestra Península? ¿Ignora que ha habido otros, que, como decía muy bien el Sr. Romero Robledo en las Cortes, para representar á España pintaban un burro, diciendo á sus discípulos: mirad, esto es España?

¿Pero qué ha de ignorar *El Colono*?

Lo que le conviene es no confesarlo.

Pues bien: si él quiere que hechos semejantes se puedan repetir, el Capitán general de Puerto-Rico, no ha querido permitir, cumpliendo con su deber, que vuelvan á tener lugar, y sus disposiciones sobre este punto, sobre ser *acertadas y justas*, le recomiendan muy alto ante los verdaderos españoles.

Recuerda también *El Colono*, que la autoridad superior de Puerto-Rico no quiso poner *cumplase* al decreto del ministro de Ultramar, Sr. Becerra, que nombra á D. Félix Padial administrador de Correos de la villa de Ponce.

Y efectivamente que llama la atención que el Capitán general de Puerto-Rico no pusiera *cumplase* y el Ministro de Ultramar, á quien lo notificó por el primer correo, no contradijera la resolución.

Esto es suficiente explicación al hecho.

Un cuarto cargo, pobre por cierto, hace el articulista del Puente de Alcolea al general Sanz.

En la elección de un Diputado que acaba de tener lugar en la tercera circunscripción de la Isla, dice que ha vuelto el general Sanz á consumir un acto más de arbitrariedad, ora recomendando candidatos patrocinados por las Autoridades así por las más elevadas como por las mas subalternas; ora restringiendo el derecho á los que no se ajustaban á satisfacer su omnimoda voluntad; eliminando injusta y arbitrariamente de las listas electorales infinitos individuos por varios conceptos: teniendo derecho á emitir sus votos; incluyendo en las mismas otros amigos del Sr. Sanz; yendo á las urnas hasta algunos *sargentos*; cambiando los oficiales menores de 25 años por otros mayores para que voláran; impidiendo circular el impreso de la candidatura contraria, etc., etc., con una porción más de medidas por el estilo.

Si esto fuera cierto, á cualquiera se alcanza que una autoridad omnimoda, como nos pinta *El Colono*, tan poderosa que puede encarcelar á cualquiera sin causa justificada y en un país donde no existen leyes, donde el derecho es un delito, la verdad una sedición y el pensamiento una arma emponzoñada y hostil, palabras textuales del *Colono*, hubiera de haber triunfado el candidato que esa autoridad despótica, arbitraria, feroz y omnipotente presentara.

O es falso todo ese cúmulo de precauciones que al fin de su escrito inserta el *Colono*, ó son falsos esos poderes que al principio del mismo atribuye á aquella Autoridad.

Pero es completamente falso uno y otro.

En Puerto-Rico existen leyes, y la Autoridad debe obedecerlas, y en Puerto-Rico se puede decir la verdad y firmar una cosa digna. Lo que allí no se puede decir y aquí sí, abusando por supuesto de la libertad de imprenta, es injuriar España! Lo que allí no se puede predicar y aquí sí, son las máximas y doctrinas del filibusterismo.

Si en Puerto Rico hubiera puesto en juego el Capitán general todos los medios que el *Colono* supone, ¿hubiera dejado de triunfar el candidato oficial? Es completamente absurdo además sentar como ciertos hechos semejantes. ¿Dónde tiene las pruebas de ello *El Colono*? ¿Se atreverá á presentarlas sin exponerse á verlas desmentidas públicamente?

Fácil es hacer figurar arbitrariedades en un anónimo, porque no hay que hacer otro trabajo que correr la pluma para escribirlas; pero no será tan fácil manchar la honra de una persona, que como la primera Autoridad de Puerto-Rico, sabe rechazar los anónimos como ha sabido perdonar generosamente las calumnias de sus enemigos.

Un último cargo hace *El Colono* al Sr. Sanz por haber instituido la *Guardia civil* en la Isla, diciendo que allí no era necesaria, supuesto que no hay ladrones ni malhechores de ningún género en toda ella. Como se vé, el cargo no tiene de tal sino la intención de su autor.

Si el *Colono* lo combate, los buenos españoles aplauden el establecimiento de esta institución y entre una y otra opinión nos conformamos con la de estos.

Al *Colono* le duele, quizás, que no podrán ya por sorpresa poblarse de filibusteros los campos, para lograr, una vez siquiera, algún resultado de otra intentona como la pasada de Laredo; pero á nosotros nos alegran estos pesares.

Esto sólo, prescindiendo de la gran necesidad que las propiedades rurales tenían de verse protegidas, y guardadas (aunque efectivamente no haya sido hasta ahora

grave el peligro que hayan corrido) los caminantes, justifica ya la creación de esta benemérita institución. Es una fuerza viva y continua que vela por España. ¿Cómo ha de gustar al *Colono*? El *Colono* del Puente de Alcolea debe considerar que sin la Guardia civil, sería muy fácil un atropello, como el de Castañón en Cayo-Hueso, contra algún español por algún filibustero, y que no está mal que los caminos estén guardados y protegidos las propiedades del campo.

Nuestros lectores, seguramente, no encontrarán la razón de esta supuesta arbitrariedad, pues no alcanzan como nosotros, el por qué no está en las atribuciones de una Autoridad como la del Capitán general, la creación de un cuerpo defensor del orden, y protector de los intereses materiales de nuestra España.

Pero si lo alcanzamos; la autoridad de Puerto-Rico ha cortado los pasos al filibusterismo. Ha sido previsora, grande y paternal, sin dejar de ser enérgica; ha sido terrible en medio de su misma generosidad, y como ha fraguado sus planes y hundido sus conspiraciones, le odian los filibusteros, le aborrecen, le injurian y calumnian de cuantas maneras pueden.

Sentimos hablar así al combatir al *Colono* del Puente de Alcolea: hacemos, sin embargo, la salvedad de que no queremos injuriar ni á nuestro colega ni quizás al autor del escrito.

Combatimos, si, y rechazamos indignados, al *Colono* que ha firmado el suplemento al núm. 435, que contra la Autoridad superior de Puerto-Rico ha publicado ayer el Puente de Alcolea.

R. Terol Ortega.

El Diario Español del 22, dice lo siguiente:

«El «Herald», de New-York, periódico hostil á España y muy favorable á los laborantes cubanos, ha publicado el siguiente artículo, que juzgamos oportuno reproducir, si bien protestando contra la calumniosa ofensa que en el final, porque así cuadra al diario yankee, dirige á la caballerosa oficialidad de nuestra marina.

Como se verá en dicho artículo, el coloso de América reconoce que desde acá nos ponderamos sus fuerzas, atribuyéndole las que está muy lejos de tener.

«NUESTRAS FUERZAS NAVALES Y LA PARSIMONIA DEL CONGRESO.

En los asientos del Congreso algunos oradores, tratando de la agitación de Cuba, han dicho que somos una gran nación, y que nos hallamos en aptitud de dictar condiciones á cualquier potencia de la tierra. Han hablado de nuestras fuerzas navales, las que en realidad se limitan á miserables buques de madera, algunos buenos remolcadores, y unos cuantos monitores de hierro, que apenas si pueden sostenerse á flote con sus torrecillas y cañones. La situación de la armada ha sido explicada al país en la Memoria del secretario Roberson, en lenguaje claro, á la vez que se hacía en ella un llamamiento al Congreso para que elevase este servicio, cuando menos, á la altura de una potencia de quinto orden. El llamamiento ha sido inútil.

Los mismos hombres que tan alto hablaban y deben sus actuales posiciones al ejército y á la armada, pero por cuyas instituciones nada quieren hacer ahora, son los peores enemigos del servicio y están haciendo todo lo posible para traerle á mayor descrédito. ¿En cuantas tristes condiciones no se hallaría esta gran república, si estallase de repente entre nosotros una guerra? ¿Y quién sabe cuándo tal acontecimiento puede sobrevenir?

El gobierno hallase actualmente en negociaciones con los dominicanos sobre la cesión de una parte de su territorio, que ha sido muy codiciado por Inglaterra, España y Francia. Si nuestras noticias son exactas, nosotros estamos obligados por las condiciones del tratado á proteger á los dominicanos con nuestras fuerzas navales contra sus enemigos del exterior. Si nosotros reconocemos la independencia de los cubanos, surgirán infinitas complicaciones y podemos vernos de repente llamados á prepararnos para una guerra con España, cuya escuadra sobrepaja á la nuestra como veinte á uno. Los buques de guerra españoles que se hallan hoy en las aguas de Cuba, cuentan sobre 400 cañones, mientras nuestra pequeña escuadrilla sólo cuenta 30. Una de las fragatas españolas fondeadas hoy en el puerto de Nueva-York, tiene más cañones ella sola que toda nuestra flota de las Antillas junta, la cual, por más que comprende buenos buques en su clase, no puede compararse con las fuerzas de mar españolas, reunidas en Cuba para hacer frente á cualquier emergencia que pueda sobrevenir, como ellos deducen naturalmente, á cualquier momento.

Mientras este estado de cosas es perfectamente conocido del pueblo de este país, aquellos de nuestros buques que se hallan en estado de prestar servicio, ni aún salir á la mar pueden, porque el Congreso ha rehusado el número de hombres necesario para sostener una fuerza de 40 buques, que deben ser distribuidos entre todas nuestras estaciones navales en aguas extranjeras. Cuatro ó cinco buques que debían salir con destino á algunas de esas estaciones, no pueden verificarlo porque la ley no les concede tripulaciones, mientras que á los marineros de los bajeles que se hallan prestando servicio, y cuyo tiempo está ya cumplido con exceso, hay que pagarles una cuarta parte más de su sueldo para conseguir que permanezcan en las estaciones algunos meses más.

El país ha visto cuánto ha trabajado el actual ministerio de Marina para formar una escuadra de los restos que dejó Mr. Gideon Welles, y aunque han sido rescatados 86 buques, no se consiguió este resultado sin gastar 3 millones y medio de pesos menos de lo que pagó el viejo Simbad el Marino, quien en su último año solamente alistó dos buques. Y sin embargo, el Congreso no puede ni quiere ver esto. Los mismos hombres del partido republicano que debieran ir á vanguardia é insistir en que se ponga la armada en un pie de fuerza conveniente para dar cumplimiento á las premiantes necesidades del país, son los primeros en llevar á mal que el gobierno se esfuerce en ofrecer protección á nuestros ciudadanos residentes en el extranjero.

Si reconocemos como beligerantes á los cubanos, surgirá entonces naturalmente el derecho de registro por los buques de guerra españoles, y todos sabemos á dónde conduciría este derecho ejercido por los españoles. Los oficiales de esa nación no son muy escrupulosos por cierto en esto de atropellar á sus enemigos. Los buques

americanos serían sometidos á registros tan innecesarios como rigurosos.»

En *El País* (fecha 19 del corriente), y en la sección de Variedades, hemos leído el siguiente artículo que reproducimos á continuación:

UN PERIÓDICO FILIBUSTERO.

«Hemos leído el número 2 de *La Estrella Solitaria*, periódico filibustero cubano que se publica en el Camagüey.

El tal periodiquito se reduce á una hoja suelta, impresa en papel de escribir y rayado con líneas verticales de color, como los libros de comercio.

La tal *Estrella Solitaria* comienza con este singular sueltecito:

«Cumpliendo con un deber de gratitud, damos á nuestros colegas, á los clubs y al público en general, las más expresivas y vergonzosas gracias por la benévola acogida que nos han dispensado.»

Ignoramos, pues *La Estrella Solitaria* no lo dice, el por qué han de ser *vergonzosos* las gracias que da á sus favorecedores. ¿Es por ser vergonzosa la causa que defiende? ¿Ó tal vez porque siente vergüenza de que haya españoles que simpatizan con ella? De cualquier modo estamos conformes; pero de otra suerte no podemos explicarnos estas vergonzosas gracias.

Después del sueltecito citado trae dos articulejos: uno compuesto de vagas declamaciones contra la tiranía, lleno de citas y alusiones históricas que sólo demuestran la ignorancia de su autor, exornado todo con retumbantes palabrotas y firmado por el ciudadano Codro, que nos figuramos no será el último rey de Atenas, ni aún siquiera descendiente suyo, sino un caballero laborante, que para no descubrir la oreja se oculta con este pseudónimo. En este artículo se habla de Bruto el Justiciero (quería decir el asesino, pero será errata de imprenta), de los palacios de los Césares, de los Faraones, las Danaides, el Apóstol San Pablo, de las nupcias de la verdad con el espíritu, de Milton, del Creador, de la libertad estrangulada, de las piras funerarias del despotismo, etc., etc. Con todo este cúmulo de palabras, barajadas con poca destreza, sale un artículo filibustero tan propio y tan..... tan..... original, que no hay sino poner al pie el nombre de Codro para que todo el mundo civilizado exclame estupefacto: ¡¡¡Magnífico!!! ¡Qué estilo! ¡Bien se ve que es de una real pluma!

Titúlase al otro articulejo *A vista de pájaro*, y abunda en apreciaciones con que no estamos acordes, ni tampoco los cabeceillas rebeldes; pues ponderando el escritor anónimo (éste ya no se firma Codro ni de ninguna manera), ponderando el escritor anónimo la fortaleza y estabilidad de la causa rebelde, asegura, que aunque muriese Céspedes, no perdería nada, pues se pondría en su lugar el patriota Aguilera, y muerto también éste, y Vega, y Hall y los demás cabeceillas, en vez de perderse algo, de seguro ganaría la causa rebelde, pues la revolución produciría otros jefes mejores. ¿Qué tal? Esta es la recompensa de Céspedes, Aguilera y comparsa: el decirles sus mismos partidarios que sería un beneficio el que se murieran. No es extraño, pues, que deseen males á España, los que los desean para sus mismos defensores, dándoles de camino esta lección cilla de vergonzosa gratitud. Ahora nos explicamos las *vergonzosas gracias* del antedicho suelto.

En este artículo se manifiesta claramente uno de los motivos en que los insurrectos cubanos se fundan para creer que España no podrá dominarlos; y es la actitud del partido republicano en la Península.

No queremos trasladar al papel las reflexiones que semejante consideración nos inspira, porque es profundamente bochornoso para un partido que se llama liberal el que los enemigos de la patria confíen en él para el logro de sus planes. Termina el articulejo declarando que el Omnipotente ha decretado la emancipación de Cuba. Pues entonces están de sobra Céspedes, y Jordán, y Vega, y el norte-americano Hall, y el chino Sebastian Siam y los demás héroes mambises que tanto *escripulo* tienen á las bayonetas españolas cuando de tal manera huyen por bosques y montañas al sentir su aproximación.

Como final y remate del trabajo, é ingenio de los laborantes, trae *La Estrella Solitaria*, bajo el epígrafe de *Boletín de la guerra*, una colección de sueltos consignando las victorias obtenidas por las banderas insurrectas sobre nuestro ejército, en cuyos partes se ve que ni aún sabe mentir, pues aseguran con toda formalidad que 2.000 soldados españoles de infantería, artillería y caballería fueron batidos por 548 insurrectos, muriendo de estos solamente 2 y de los españoles 200. ¿Y qué hacen los 1.800 españoles restantes? Nada; se estaban muy quietos con los brazos cruzados admirando el talento de los escritores filibusteros.

¿Qué puede faltar ya á estos hijos de la dicha? Sólo que los buenos españoles de por acá, que simpatizan con ellos, reproduzcan sus absurdas noticias y sigan, sin duda por patriotismo acuciado, siendo los acusadores de España y los abogados de sus enemigos.

Por último, ignoramos por qué el tal papelitito se denomina *La Estrella Solitaria*; pues en el cielo del filibusterismo cubano figuran ó han figurado otras estrellas más ó menos luminosas, como *El Boletín oficial de la division de Cienfuegos*, *El Cubano Libre*, *El Timón* y *El Mambi*, alguno de los cuales han pasado á mejor vida; y las que restan, unidas á otras que por acá lanzan turbios destellos, pueden formar una constelación titulada *Los Traidores*.

Interesados en el adelanto de la industria nacional y deseosos de contribuir en cuanto podamos al desarrollo de la riqueza y al aumento del trabajo, como fuente que es de moralización y bienestar para los pueblos, damos lugar en las columnas de LA INTEGRIDAD NACIONAL al siguiente escrito, reservándonos hacer las observaciones que nos ha sugerido y recomendando

do entre tanto su lectura á nuestros favorecedores:

NUEVOS DATOS PARA EL ESTUDIO

LA CUESTION AZUCARERA.

En estos momentos en que tantos y tan encontrados intereses se agitan, ya en pró ya en contra del Proyecto del Excmo. Sr. Ministro de Ultramar, todas las clases más ó ménos interesadas en esta cuestion tienen el derecho de ser oídas, y los Diputados de la Nacion el deber de buscar la solucion que concilie mayor número de intereses.

Animados con el espectáculo de prosperidad que nos ofrecian Inglaterra y los Estados-Unidos con sus fábricas de refinacion de azúcares, nos propusimos desarrollar en nuestra patria este importante ramo de la industria moderna, y al efecto invertimos, apenas há cinco años, cuantiosos capitales en levantar á corta distancia de Barcelona, en la villa de Badalona, una Refinería que estuviera á la altura de las más adelantadas del extranjero.

Si en aquellos países, nos decíamos, cuyas fábricas se alimentan con nuestros azúcares de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, ha sido esta industria un elemento tan poderoso de riqueza, ¿qué no ha de suceder en España, donde además de la primera materia de nuestras propias colonias, contamos con el azúcar peninsular, y por consiguiente, este ramo de produccion tiene en su favor y puede luchar con todas las condiciones y ventajas de una industria verdaderamente indígena?

Fija la vista en el porvenir, sufriamos resigados las pérdidas considerables que nos ocasionaron los repetidos ensayos hechos en los primeros años con el fin de elevar nuestros productos al mayor grado de perfeccion posible; teníamos la firme convicción y abrigábamos la esperanza de que al fin tocaríamos los resultados de nuestros sacrificios, como empezaban á tocar el de sus perseverantes esfuerzos otros beneméritos industriales que acometieron con fé la misma empresa. Todos podemos estar satisfechos del feliz éxito que ha coronado nuestra obra: compárense sinó los productos de las tres Refinerías que hoy existen en España, y se verá que en cuanto á perfeccion nada tienen que envidiar á los más superiores del extranjero.

Nuestras ilusiones, sin embargo, sobre el porvenir, vinieron á desvanecerse completamente en la última reforma arancelaria. Hemos tenido ocasion de convencernos de la buena fé, del patriotismo y elevadas miras que guiaron á sus autores al llevarla á cabo, nos complacemos en reconocerlo; pero los efectos de una medida tan trascendental, contra la prevision de los hombres que la dictaron, no podian haber sido más funestos para la industria que nos ocupa.

¿Por qué se desnivelaron de una manera tan deplorable los derechos impuestos al azúcar común de nuestras provincias ultramarinas, y los que pagaban los azúcares refinados procedentes del extranjero.

¿Por qué mientras se aumentaba en 2 rs. 20 céntimos por 100 kilogramos la primera materia española se rebajaba en 86 rs. por 100 kilogramos el producto extranjero elaborado?

¿Encontraron acaso excesivamente protegido este ramo de la industria nacional? No debía por cierto ser así, cuando de cinco años á esta parte hemos visto cerrarse en la Península otras tantas Refinerías: dos en Sevilla, una en Bilbao, una en el Escorial y otra en Barcelona.

El arancel vigente comparado con el anterior proporciona á los extranjeros una ventaja de 88 reales 20 céntimos por 100 kilogramos contra los productores españoles; aun sin contar con la di-

ferencia á su favor de 9 rs. que habian ya obtenido á consecuencia de la supresion de los derechos de consumos.

¿La reduccion de los derechos arancelarios del azúcar ha redundado en beneficio del consumidor? Podemos probar que nó. ¿Quién se ha aprovechado de nuestra reforma en esta parte? Francia solamente. Todos los azúcares refinados que actualmente se consumen en España, proceden de aquel afortunado país. Las Refinerías españolas trabajan hoy con pérdida, y van á cerrarse una tras otra si no se pone pronto remedio al mal que las aniquila; su ruina es inminente.

¿Qué nos ha dado Francia en cambio de tamaño sacrificio? ¿Francia prohíbe la introduccion en su territorio del azúcar refinado? Y no sólo de éste azúcar, sino de todos los de nuestras colonias, desde el tipo legal núm. 20, que equivale al número 18 de las apreciaciones comerciales, imponiendo á las clases más inferiores fuertes derechos, todo en beneficio de los refinadores que exportan sus productos al extranjero.

Pero, se dirá, ¿por qué no competis con los franceses en baratura, ya que podeis competir en perfeccion? ¿No pagan los azúcares de Cuba y Puerto-Rico 76 rs. por 100 kilogramos, siendo así que los refinados franceses pagan 129?

En efecto, queda todavía á favor de los refinadores españoles una diferencia aparente de 53 reales por 100 kilogramos.

Veamos, sin embargo, hasta qué punto es exacta esta diferencia. Sabido es, que en las fábricas de refino se emplean como primera materia los azúcares más bajos, que sufren por lo mismo una merma de un 20 por 100 en las varias operaciones de la refinacion; resultando de aquí, que el derecho de 76 rs. por 100 kilogramos de azúcar bruto, pesa sólo sobre una cantidad de 80 kilogramos de azúcar refinado, ó lo que es lo mismo, el derecho que realmente paga el refinador español, es de Rs. 95 por 100 kils. El azúcar refinado extranjero paga. 129

Diferencia verdadera en favor del español. 34

Digase ahora si con esta exigua diferencia podemos los españoles competir con los franceses, si se tiene en cuenta que á éstos su Gobierno, al exportar el azúcar refinado al extranjero, les reintegra los derechos de importacion que satisficieron por los azúcares brutos, con una bonificacion de 15 á 25 por 100, segun clases, en concepto de mermas; que en Francia los jornales son más baratos y los trasportes más económicos; que el combustible extraído de sus propias cuencas carboníferas (y téngase presente que éste constituye uno de los principales gastos de las Refinerías) lo obtienen á precios sumamente ínfimos, comparados con los que pagamos nosotros por los carbones ingleses; y por último, que merced á todas estas ventajas y á la seguridad que tienen de dar salida á sus productos, pueden trabajar en grande escala, con lo cual consiguen, además, que los gastos generales de fabricacion afecten en una parte mínima al costo total de aquellos.

Colocado en tan favorables condiciones, el fabricante francés tiene en su mano la muerte de las Refinerías españolas; y cuando hayan desaparecido por completo de nuestro suelo, dejando en la indigencia á gran número de familias, dueños ya los extranjeros del mercado nacional, volverán á vendernos sus productos á los exorbitantes precios que pagábamos cuando no encontraban aquí competencia.

Expuesta sin exageracion, tal como es en realidad la precaria situacion de la industria refinadora, pedimos á nuestros legisladores que busquen

el remedio que con tanta urgencia reclama. Nosotros creemos que seria una medida salvadora la libre entrada sin pago de derechos de los azúcares destinados á la refinacion, procedentes de las provincias españolas de Ultramar.

Esta solucion es á nuestro juicio la que concilia mayor número de intereses. Concedemos algo, y es harto justo, á los productores españoles de las colonias; los fabricantes de azúcar y cultivadores de caña de la Península quedan suficientemente protegidos con aquella limitacion; se salvan las Refinerías y el Tesoro no se priva en su actual penuria de los recursos que necesita.

Meditese en el seno de la Representacion Nacional la solucion que proponemos; estúdiense y dilucidense desapasionadamente y bajo todos sus aspectos el complejo problema que presenta la cuestion azucarera; y obrando con la equidad y justicia que no podemos ménos de esperar del recto criterio é ilustrado patriotismo de las Cortes Constituyentes, se habrán salvado cuantiosos intereses. —Marzo de 1870. —FONRODONA Y CASTELLÓ.

En carta escrita en la Habana el dia 2, dicen lo que trasladamos, recomendándonos que lo demos publicidad:

«A última hora llegaron anoche magníficas noticias de la jurisdiccion de las Tunas. Los insurrectos que en ella habia, han sido batidos con grandes pérdidas, y sus cortos restos se han corrido á Puerto-Príncipe. No queda por lo tanto insurreccion mas que en este punto, con los restos tambien de bandidos del departamento Oriental y las Cinco Villas.

Hay entusiasmo indescriptible en firmar la protesta que formula el Casino Español, con motivo de la asquerosa indicacion de vender ó ceder esta isla á los Estados-Unidos. Sólo en la Habana y sus inmediaciones van recojidas más de veinte y cinco mil firmas. ¡Qué leccion para nuestros enemigos!

Una decision admirable por aquí para conservar esto para España, y solo para España, y al ver tan noble actitud y la energia de nuestra raza, en estas tierras, tiene razon el redactor de la *Prensa*, cuando dice que al observarlo, todavia se puede exclamar ¡¡¡Aún hay patria!!! A los periodistas de ahí que indicaron tan miserable pensamiento de venta ó cesion, que vengan por aquí á proponerlo, y ya verán lo que es bueno. Mal que les pese á algunos miserables, esto será de España, y de lo contrario sabremos morir como buenos, y amando siempre á nuestra patria, á pesar de su ingratitud, si llegase esta á tenerla.»

Dice *La Esperanza* en su número del 22:

«*La Fidelity* llama hoy la atencion acerca de una cuestion trascendental: la de que el Gobierno no haya llevado á las Cortes los documentos que pueden esclarecer las causas que mantienen en Cuba vivo el fuego de la insurreccion.

«¿Por qué, pregunta nuestro estimado colega, no presenta el Gobierno á las Cortes los documentos que pueden esclarecer la opinion de las diputadas respecto á las causas que mantienen viva la insurreccion en la isla de Cuba?

De desear seria que cuando se piensa en discutir las reformas proyectadas por el Sr. Moret, antiguo redactor de *La Voz de Cuba* (1), se conozca á ciencia cierta el estado de la Isla, pues de lo contrario, cuando ménos, puede faltar la oportunidad en la discusion de las leyes que se proyectan.

Las últimas noticias que nos ha traído el correo de Cuba, dan una idea algo aproximada de la agitacion que han producido en aquel país las reformas liberales proyectadas, y por consiguiente es cuando menos temerario é inoportuno, y altamente impolitico, proyectar reformas que no responden á ninguna necesidad, y que, por el contrario, son rechazadas por la opinion unánime de todos los habitantes de la Isla.

Nosotros creemos que el ministro de Ultramar, antes de resolverse á entrar por el camino que sus órganos en la prensa nos han indicado, debiera tomar el pulso á la opinion y atemperarse á las necesidades sentidas y mejor expresadas de aquella Isla.

A grandes consideraciones se presta el que ni mayoría, ni minoría, ni nadie, se haya atrevido hasta aquí á

(1) *La Voz del Siglo*. (Nota de la I. N.)

iniciar un debate solemne sobre la cuestion de Cuba, y de las causas que allí mantienen vivo el fuego de la insurreccion. Tal vez de este modo se hubiese podido definir mejor la politica ultramarina y trazar al ministro del ramo el camino que debia seguir ante los pavorosos problemas que quiere resolver á través de ciertos experimentos que pueden costarnos muy caros.»

Estamos conformes con nuestro colega; pero, segun nuestras noticias, no han de pasar muchos dias sin que algun diputado inicie un debate solemne acerca de una cuestion que á todos interesa, y que conviene esclarecer á los ojos del país.»

A nuestra vez indicamos que tambien esperamos ansiosos que llegue el momento en que el Gobierno haga las manifestaciones que desean nuestros ilustrados colegas, para expresar nuestra opinion con el fundamento de hechos que conocemos y que nos alegraríamos ver presentados al examen público aquí, porque de ese modo se efectuará una marcada reaccion en la opinion pública, desorientada por el insurgenismo y sus admiradores.

La Iberia del 23 del corriente dice lo siguiente:

«El Comité nacional de Matanzas y su jurisdiccion ha dirigido al Gobierno de Madrid, en nombre de todos los españoles, tanto peninsulares como insulares, respetuosa súplica pidiendo que dicho Gobierno solicite de las Cortes la declaracion de traidor á la patria á todo el que proponga la cesion ó venta de cualquiera parte del territorio español.»

«Será tambien un acto de conspiracion ó una prueba de reaccionarismo pedir que las Cortes hagan una declaratoria tan merecida, para poner coto á las demasias y á las intenciones antinacionales de los que por satisfacer las pasiones que exaspera el espíritu de escuela, vienen pidiendo la desmembracion de España, en medio de la alharaca de un incomprensible patriotismo?

Nosotros creemos que la Nacion representada en las Cortes, atenderá al deseo, á la peticion y al grito de la lealtad española, excitada justamente por el deshonroso pensamiento de vender nuestras provincias de Ultramar.

Tomamos de la *Igualdad* del dia 22, el siguiente suelto:

«Ayer se han reunido en el *Círculo mercantil*, ó del *Comercio*, varios comerciantes para venir á un acuerdo sobre la manera de oponerse á que se planteen las tarifas de la nueva contribucion industrial.

Alguno de los concurrentes, en la desesperacion producida por los desengaños que ha tenido, exclamó:

«¡Merecemos nuestra suerte. La desgracia que nos amaga es la expiacion de nuestra credulidad y de nuestra locura.»

Parace que próximamente convocarán á mayor número y presentarán una exposicion á las Cortes contra los desastrosos proyectos del Sr. Figuerola.»

Del *Diario Español* del 22:

«Confirmando lo que hemos dicho varias veces, dice un colega esta mañana:

«Los filibusteros se pasean con intolerable descaro por Madrid.

Ayer á las cinco y media de la tarde, dice un colega, se encontraban en pacífica conversacion un periodista madrileño y dos jóvenes cubanos. El grupo en cuestion paseaba por una de las aceras de la Puerta del Sol, y entre otros asuntos parece que se trató de la guerra de Cuba.

El periodista á quien nos referimos habló en defensa de la union del territorio: sus dos acompañantes, que por cierto eran hermanos, le insultaron de modo tan grosero que hubieron de ponerse en accion los bastones, resultando ligeramente herido en la cabeza nuestro compañero.

Este incidente no llamó la atencion, porque habia pocos curiosos á la hora que decimos, y porque se consiguó separar y alejar á los contendientes.»

Como es nuestro propósito ocuparnos más adelante de la cuestion de empleados, reproducimos el siguiente suelto que hemos tomado del *Eco del Progreso*, de 22 del corriente:

«Desde que el Sr. Ochoa se ha encargado del negociado del personal en el ministerio de la Gobernacion, han sido sometidos á la accion de los tribunales de justicia dos funcionarios que percibian sueldo del Estado de dos distintos ministerios.»

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO DEFENSOR DE LOS INTERESES CONSERVADORES EN LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, al mes, 4 reales.—En provincias, el trimestre, 15 reales.—En el extranjero, el trimestre, 24 reales.

Se admiten suscripciones en la Administracion de este periódico y en las librerías siguientes: Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, calle del Carmen; Universal, calle del Arenal, número 16; San Martin, Puerta del Sol; de la Victoria, pasaje Mathou.

Desde provincias y el extranjero se admitirán en libranzas directas á cargo del Administrador, lo ménos por un trimestre.

ANUNCIOS.—Siendo este un periódico de gran circulacion en las Antillas Españolas, se admiten anuncios á precios convencionales.